

XXVII PREGÓN

HERMANDAD SACRAMENTAL DE SANTIAGO APÓSTOL



FOTO: ALVARO SALTOS TORRES



Mercería
ROBLEDO
Todo en Mercería
y Lanas Stop
C/ Real, 142 - Telf: 05 416 06 17
CASTILLEJA DE LA CUESTA

En la palabra de Dña. **CARMEN TOVAR RODRÍGUEZ**

Quien será presentada por D. ANTONIO GARCÍA BARBEITO

DOMINGO 22 DE FEBRERO - 12:30 horas

Iglesia Parroquial de Santiago Apóstol (Castilleja de la Cuesta)

Durante el acto, intervendrá musicalmente la BANDA DE CORNETAS Y TAMBORES NUESTRO PADRE JESÚS DE LOS REMEDIOS.

XXVII Pregón de la Pontificia, Real, Ilustre y Fervorosa Hermandad Sacramental de Santiago Apóstol, Santa Vera-Cruz y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de los Remedios, en el Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad.

La fecha angular de nuestras creencias, llega... estés o no estés, ella viene, se presenta, y exige lo suyo. Pone el olor, y dispone el cielo. ¡Que caprichosa es! Amasa el sabor. Y toca, a los que tenemos, la suerte de amarla. Nos despabila. Y nos vemos, tarareando en Febrero, la sublimidad de una estrella.

El invierno que la precede, es un ensayo continuo. Y la eternidad que la recoge, es una espera desconfiada, por si la faz de la tierra, osara tragarnos. Y en esa andamos, en un palpar, de tres por cuatro, para entrar a compás, y vivirla, otra vez. Eternamente de nuevo. De estreno. ¿A quién le cansa la belleza? ¿Quién deja de respirar, para saltar a “piola”, los días de capirote?

¿Tú, tú eres tan valiente, para mirarla, cual mascarón de proa, que pretende vencer, sólo la tempestad? Incluso, contaminada de folclore, deja calar su hada madrina, la fe, y a más de uno, le ha sacudido lo invisible. Sea como fuere, otro más, a la locura de su disfrute. Déjalo, ya se empapara de Dios, y de su Bendita Madre. Mientras, revivamos con pasión, el idéntico vocablo, meditemos, con nuestras cortas entendederas, el sentido trascendental de la Muerte, y festejemos, inigualablemente, el poder glorioso de la Vida.

Y yo, que este año abro el portón, con esta inmerecida tarea, de pregonar la grandeza de la Plaza, le hablo al Señor, para decirle:

Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío.

A Ti acudo en esta hora bendita,
que tengo una hermosa cita,
y empieza a fluir el río.

No hay tisana más preciada,
ni reposo más sincero,
que el calor de tu compañía,
y el presente de tu pecho.

Tú, que el corazón nos diste,
como cordero inocente,
Y al mundo cruel redimiste.

Mantente alerta a mi lado,
frena mis palpitaciones,
y llena mi boca de halagos:

De rosas, de ámbar y miel,
zafiros, diamantes y rubíes,
de las piedras más preciadas,
cuarzo, amatista, esmeraldas...

Colma de amor mi garganta:
Cada papel, una estampa
y un rosario de palabras.
Toma Señor, mi voluntad.

Ayúdame, te lo pido. Aliéntame, te lo ruego.

Yo sé, de tus buenas maneras.

Y no me dejes caer, te ofrezco mis alabanzas.

¡Qué quiero ser pregonera, de la Hermandad de la Plaza!

Reverendo Cura Párroco. D. Florentino Córcoles.

Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Pontificia, Real, Ilustre y Fervorosa, Hermandad Sacramental de Santiago Apóstol, Santa Vera-Cruz, y Cofradía de Nazarenos, del Santísimo Cristo de los Remedios, en el Santo Sepulcro, y Nuestra Señora de la Soledad. Querida Hermandad de la Plaza.

Excmo. Sr. Alcalde-Presidente, y miembros de la Corporación, del Ayuntamiento de Castilleja de la Cuesta.

Querido Amigo y Alcalde de Gines.

Grupo Joven, Asociación del Corazón de Jesús, Obra Social de la Hermandad, Caritas de Castilleja. Director y componentes de la Banda de Nuestro Padre Jesús de los Remedios, Cantoras, y Coro de la Plaza. Representantes de la Agrupación Parroquial Ntra. Sra. de Guía. Capataz.

Hermanos cofrades, Pregoneros, queridos amigos, y querida familia.

A nuestro Viernes Santo, es imposible mirarlo de lejos, porque invade, y se echa encima, y además, su rastro es perpetuo. Y si no, que nos lo cuente, nuestra Hermandad de la Plaza.

Ha pasado el miércoles de Ceniza, hemos compartido y sentido, el traslado de la Virgen, y empiezan a caer, las hojas cuaresmales, para llegar, a otros siete sagrados días, en los que se contiene.

Es la Semana, que dura para nosotros, un año entero. Perenne árbol, de hoja caduca, renovada y continua, que se pasea, por el almanaque completo, de nuestras vidas.

Ya sea, Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua o tiempo litúrgico Ordinario, Castilleja, es y será siempre..., Semana Santa.

Este pellizco aljarafeño, aunque los mapas le reserven poco sitio, para nosotros es enorme. Rebosa, se sale, ocupa y abarca, lo más grande del mundo, y se crece, en los siete días de Pasión, Muerte, y Resurrección, de nuestro Señor Jesucristo.

Castilleja barroca. Que tiene presente, la evidencia del óbito y la fugacidad de la vida, sabiendo por ello, apreciar cada momento con más intensidad.

Castilleja, epicentro de acontecimientos religiosos, desde hace muchos siglos. Vicaría Santiaguista, cuya huella perdura en esta Parroquia. Estas bóvedas de eco santo, fijan los orígenes, la historia, y los titulares de la Hermandad de la Plaza.

Sólo mirando hacia arriba, encuentras el testimonio, la Fe y la Vida. Abajo, nuestras pisadas, todo el pasado, que es cierto. Y arriba, la Vida.

Huellas, del que abocado a la muerte, no abrió la boca, del que se alimentó, con pan de ángeles, del que no atendió a tentaciones, del que bebió vinagre por agua, constreñido en un cuerpo mortal, y divino.

Y yo quisiera, estar cerca de Él, escalando por peldaños de amor y recogimiento. Encerrada para orar. Eso será este Pregón, un retiro espiritual, que tiene por habitación, la Hermandad de la Plaza.

Me agarro a la dulce Cruz, y empiezo.

Y si es verdad, que el papel de presentador de un Pregón, hace las veces, de bálsamo al pregonero, con la misma sinceridad que ofrezco mis humildes letras, les diré, que además de calmarme, la voz de D. Antonio García Barbeito, me ha distraído, por exquisita, y pretendo sostener con ella, mi alma, para que rime, su calidad con la mía, cosa que no conseguiré, pero que la ósmosis de la amistad, intentarán acercar. Antonio, te admiro. Gracias por mantener tu aliento santiaguista, y al caballo de tu exquisitez, venir a Castilleja, desde Aznalcázar, con un sí rotundo, reconociendo, en tu aceptación, el cariño a mi pueblo.

Este Pregón, es de la Plaza, y va, primero por mi madre, y después, por todas las personas buenas, como tú.

Quiero agradecer a la Hermandad, el ofrecimiento para que fuera Pregonera, en este año de antesala, de vísperas y preludios.

Porque amando más, el camino que la meta, disfrutaré cual profeta, dejando que la Corona, tímidamente se asome, por el que será, el penúltimo Pregón de Semana Santa, antes del esperado día.

Bien sabe Dios, que lo deseaba. La Virgen de la Soledad, y el Santísimo Cristo de los Remedios, también están en mis paredes, y en mis oraciones diarias, y en los recuerdos de niña, éstos que guarda mi infancia.

Gran parte de mi familia, es placeña de pura casta, de la Plaza era mi Kiska, y mi querida Sebastiana.

Son recuerdos de Velá, de papeletas liadas, del paraguas de bombillas y de niñez recién estrenada.

De Rosario de la Aurora, de cohetes que asustaban.

De Navidad y pandereta, de jornadas sagradas, de cuquilá chiquitito, de pesebre y cascabeles, y cantoras de la Plaza. De Triduo y de Septenario, de Besamanos y Traslado, y tarde de Viernes Santo.

Siempre cerca de la Plaza. Recuerdo a mi tía Carmen, en calle En medio, su casa.

Yo dormía con el rezo, de Jesusito, en su cama.

Y antes de echar la cabeza, en la recogida almohada, con las manitas unidas, de rodillas te rezaba:

Madre de la Soledad, desde entonces me acompañas.

Confieso, que siempre me faltó, el calor de abuelos, no conocí a ninguno. Me alimento, del relato que me hace mi madre.

En el número 19, de la calle Convento, vivieron con estrecheces Antonio y Dolores, la Niña Grande, contenida en su estatura, de la Plaza con locura, madre de Pepe y de Carmen.

Mi abuela Dolores, vivía para la Virgen y moría por la Plaza.

Ella, no entendía de barcos, y con su menuda figura, defendía el malecón, de sus sentimientos placeños. Como solía pasar por entonces, moraban bajo el mismo techo, tronco y ramas de la misma familia, de las que brotaban, como de árbol injertado, bastiones mixtos, donde el afecto, a lo de cada uno, no restaba, respeto al otro. Cada cual, con sus colores. Y pasaban anécdotas como ésta:

“Antonio, que otra vez han pintao el pozo de celeste”, y Antonio, encendido de amor, se lo pintaba de rojo.

“Antonio, no vayas a salir, por Dios, con la bandera de esta casa”.

Y Antonio, no le daba el disgusto, y vestido de “armao”, salía desde el zaguán, de Dña. Concepción Cansino.

Mi abuelo, de la Calle Real, mi abuela, de la Plaza.

Perseguida estoy, y capturada me siento, por la mixtura de mis hermandades de Castilleja.

Placeño es mi tío Pepe, él sabe cuánto lo quiero, y cuántas cosas he dejado que me contagie.

Y para rematar la faena, la Virgen cruzo conmigo, al hombre que me sostiene, el que mi sueño argumenta, de la Plaza, sin ambages, de la Virgen de la Soledad, del Señor, y de Santiago el Mayor.

Y de nuestros tres hijos, dos, son hermanos de nómina, en esta Hermandad. Sobre la cama, he visto combinadas, tres túnicas nazarenas:

Una, de morado antifaz, y negro hábito, de la “madrugá”, y dos, de **raso rojo, y blanco roto**. ¡Tengo la Plaza tan cerca!

Pero si quiero a la Plaza, es por esa mujer valiente, que me llevo en sus entrañas: Mi madre. Que sin miedo me trajo a la vida.

¡Cuántas veces te rezaría!, Virgen suya y Virgen mía.

Hoy, hoy todo son alegrías. Lo que Tú siempre regalas, para quién bien, te quiere.

Yo sé cuánto la ayudaste, no estuvo una noche, sola.

**Porque quien busca tu amparo, encuentra el arrullo y la nana,
de una Virgen, Reina y Madre, que mece al son de Triana,
lo mismo por soleá, por tarantas o alegrías.**

**Eres la esperanza viva, de quien acude a tus plantas,
eres consuelo y alivio, de quien descubre tu encanto,
eres la Madre de Dios, y el cielo del Viernes Santo,
rojo elegiste el color, por ser el tinte de la sangre.**

**Por eso quiero a la Plaza. Porque placeña es mi madre, y aquí
me siento, en mi casa.**

Pero, ¿dan ustedes su permiso, para entrar en el sagrado cofre,
de la Hermandad de la Plaza?

¿Puedo pasar? ¿Puedo mirar a la Virgen desde cerca?

Ya sé que Ella me deja, pero la Plaza es su dueña.

¿Me asomo a sus bellos ojos, y a su serena mirada?

¿Me dejan unos minutos, retener a la Señora, entre el papel y los
versos, leídos con voz quebrada?

¿Puedo saltar la reja de su aposento, para contar lo que siento?

Lo sabe Dios, lo noto aquí dentro, que el respeto me reviste, y es
la Fe, la que me asiste.

¿Y al Señor, puedo hablarle?, me hacen falta sus consejos, que arrastro algunos achaques, con sus noches, y sus desvelos.

¿Puedo?, es tan Grande...

**No hay arca que contenga su Bondad,
ni pan de oro, que engrandezca su Ternura,
ni lino blanco, que recubra su figura,
ni terciopelo, que destaque su Verdad.**

Le rebose, la Belleza de su Alma.

**Señalando el Evangelio,
no nacerá otro igual,
que el Señor de los Remedios.**

Señor,

Yo quiero dialogar contigo, Dios Padre, y Cristo Vivo, y se distrae mi cabeza.

Comienzo yo mi oración, y se rompe el silencio de nuestra charla.

Voy con prisas, voy rozando el reloj, de este mal tiempo inventado, que no reposa un segundo.

Quiero rezar, muy profundo.

Y el ruido desde dentro, ruge y silva como el viento.

Sólo la calma aparece, si visito tu Sagrario.

Enumero tantas cosas, y el inventario termina, cuando te asomas, al balcón de mis desganas, y dejo que Tú me mandes.

“Calma, calma”, me dices. Tú eres mi capataz.

Tú bautizas la salida, y marcas la recogida.

Y corriges mi torpe andar.

Si a pulso me pides que me levante, sudo, me quejo, me recompongo el costal, pero sigo abajo, en mi sitio.

Y si caigo, ya vendrá otra “levantá”.

Y si no pierdo el compás, avanzo sobre mis pies, sobre tus prestadas fuerzas, hasta que mandes parar.

Hermanos, la existencia es costalera, quiera la gente, o no quiera.

Que aunque es el libre albedrío, el que define al humano, es maña de buen cristiano, que la fe marque su paso.

**Por eso, aquí estoy Señor,
con más miedo, que vergüenza,
con más agallas, que fuerza,
consciente, de mis flaquezas.
Porque es justo, y necesario,
y siempre, siempre estaré,
a la luz de tu Sagrario.**

¿No lo ves, no lo crees? Pues como Santo Tomás, mira y palpa,
que en Iglesia de la Plaza, vive la Santa Verdad.

Acércate hasta su féretro, y míralo desde el pie, hasta la punta
del pelo.

El gesto se inmortaliza, en el frunce de su ceño.

Sus ojos siguen despiertos, con la templanza del Padre, y la
bondad del Cordero.

Si quieres ver la verdad, sus labios siguen hablando,

Su torso sigue inhalando, el aire de nuestro pueblo.

Que hasta el ombligo es divino, del santo cordón materno.

Si quieres ver la verdad, ten valor en este duelo,

nunca fue ningún cristal, tan claro como ese espejo.

Refleja la misma muerte, que nos recorre los huesos,

la hierática figura, de la escapista vida,

la sangre seca, la seca herida, la lengua seca, la frente herida.

Y refleja, la luz del que es. Del que será siempre, por los siglos de
los siglos.

**Por eso afirmo, y es lo cierto, que si quieres ver la Verdad, ni
cábalas, ni dioses muertos:**

Tú ríndete ante el cristal, del Señor de los Remedios.

Abría Noviembre, sus ánimas. A todos los Santos, rendíamos culto. Aquella tarde, bella en tu negro luto, sola quedaste, Soledad. Y ante tu mirada atónita, se llevaron al Señor, para repasar, la bendita materia que lo cubre, sustancia terrenal, que envuelve, el espíritu de Dios, hecho Hombre.

La pétrea fuerza de tu singladura, Señora, se mantuvo incólume. Firme. Y tu boca, rompió a preguntas, el mutismo de las naves que esto oyeron:

¿Dónde te llevan? ¿Por qué nos separan?

¿Quién ha apagado las velas, que a oscuras deja la Plaza?

¿Dónde te has ido?, que te buscan como locos, San Juan, San Cayetano, y San Francisco?

Y el frío envió palabras, envueltas en voces de hermanos, hasta el lar de la Señora.

“El Señor va en buenas manos, buenos brazos lo sostienen, es un pequeño traslado, un parpadeo, en la Casa de Hermandad, le cuidaremos su Cuerpo”.

Y pasaron treinta días.

Y se abrió el portón de hierro. Cuatro cirios encendidos, y dos faroles argentos, y sobre sábana de lino, con su nombre y apellidos, el Cristo de los Remedios.

Ya regresa “pa” la Plaza, cantan “Perdona a tu pueblo”, y en el escalón de la Iglesia, Santiago lo está viendo, y le anuncia a la Señora, que empieza a entrar en el Templo.

Díganme si no es verdad, que cuando volvió en Diciembre, el Señor de los Remedios, se escuchó en el Camarín, y retumbó hasta en el Cielo, el suspiro de la Plaza, porque su Cuerpo, había vuelto.

Y de los vellos de punta, pasamos al frío de invierno.

Campanillas de la Plaza, sonido de caramelo, con letras de antigua masa.

Cántaro que suena seco, pintado de rojo entero.

¡Que me gusta cuando escucho, cantar a los campanilleros!

Rosario, benditas ánimas, y en el portal navideño.

¿Qué es aquello que tanto reluce, situado allá en aquel cerro?

¡Eso es Castilleja eterna!, el pueblo de mis abuelos,

de azúcar, y de lebrillo, de Hernán Cortés y Convento,

dónde se atiende el antojo, de la Virgen, “pa” su pecho,

la rosa bella y hermosa, la del rosal de los vientos,

la que ningún jardín tuvo, y apareció en este pueblo,

la que en la Pasión hallaron. La mejor para su altar.

Campanillas de la Plaza, compases de Santa Humildad.

Y pa humilde San José, el del báculo de guía, el que tira de la rienda, de la mula en Jornaditas.

El Buen José, con La Virgen desposado, que entre serrín y cepillo, viera los primeros pasos, de Jesús siendo un chiquillo.

El buen José, ¡vaya estirpe, santo mío! ¿Qué encarnadura te dieron? ¡Jirones de querubines, y aura bendita del cielo!

El buen José, ni a soñar que tú te echaras, que al despertar del letargo, tu temple te hiciera Santo.

Mujer hermosa, tu esposa, que lo mismo en el Portal, que de Pastora serena, resuma madre morena, su grandiosa Majestad.

Ella es la Reina sencilla, de Reyes sobre su silla.

¡Que advocación más Mariana!, catedralicia postura, sentado el Niño en su falda.

Vinieron de Oriente sabios, siguiendo la estrella blanca, cuyo tintineo infinito, señalaba “pa” la Plaza. (Que hasta el Papa Benedicto, vio el origen del Misterio, en pueblo de los Tartessos).

El cometa se ha parado, encima del campanario. Los Tres Señores se apean, sus presentes son de Magos.

De rodillas, ante el Niño, descubren más que un portal, y más que un Misterio, la belleza hecha mujer, la virtud hecha figura.

¡Qué se apague ese lucero, que en la iglesia de la Plaza, vive la Reina del Cielo, que no hacen falta más focos, que sobra hasta la última estrella, que alumbra en el firmamento!

Es más bonita que la Creación. Cada jornada un color:

Manto rosa, tu alma es verso y prosa, del poeta enloquecido, que acaba su diccionario, y no encuentra el adjetivo.

Manto plateado, de bello y dulce bordado.

Manto verde, de tu espera salvadora, y Esperanza alentadora, de nuestra oscura existencia.

Manto brocado, campo repleto de flores, policromados olores, de primavera imponente.

Manto malva, dulce morado, y anticipo del escarnio.

Manto grana, en la candela, con zapatitos de raso.

Manto blanco y mantilla, que bien reposa la blonda, sobre tu frente sencilla.

Manto añil, traje de hebrea, tus pies se asoman, por las sandalias más pintureras.

Manto celeste, blanco el divino vestido, y dorado el santo cordero.

Colores para mi Virgen, de un mundo que en blanco y negro, se empeña en oscurecerse.

La Navidad, su sello adquiere en el Portal de la Plaza, el Niño se enorgullece, de su madre y su prosapia.

¡Tiren cohetes al cielo, que el incienso se haga pólvora, y fabriquen las varillas, con astillas de las sobras, de maderos carpinteros!

¡Que el estruendo despierte, a los que faltan al parto!

¡Que la madre del Señor, es Reina del Viernes Santo!

Tuve el privilegio de presenciar, parte del desmontaje, del atrezo de las Jornaditas. Y vi, vi lo más importante, vi la Hermandad.

En un aparente desorden, prevalecía la unidad de hermanos y hermanas, que restablecían el equilibrio, a este sagrado espacio.

Hierro, puntilla y alambre, nobles materiales, sencillos elementos, que ponen al descubierto, lo poco que se necesita, para hacer grande, una hermandad y sus cultos.

Para nuestro disfrute, se muestra la obra terminada. Pero laboriosa tarea, la que realizan cada día. Los antes, durante y después de la Hermandad.

Hierro, alambre y puntilla, tiene la Plaza a su gente, y forman la mejor cuadrilla.

Son ofrendas, sus dos manos, y la esfera de su tiempo.

La Virgen en el Sagrario, custodia la Sangre y el Cuerpo.

Mientras se seca el lentisco, que pisa la mula a su paso, va brotando en los pinares, las matas de otro escenario.

¡Que se repita la vida, que nos nazca cada año!, ¡que corramos las cortinas, y quedemos asombrados!

Dichosa las jornaditas, dichosos los convocados ante el altar de la Plaza, donde la luna sucumbe, ante el fulgor de este astro.

El tiempo sigue su curso, y se enciende, la Candelaria, como mandaba Moisés, ya que por tradición judía, era obligado venir a los cuarenta días, y presentar el Niño al Templo, una vez que pasan los fríos más extremos.

Las reglas escrituran, su obligado culto.

Lo manda la ley divina, y la gente la visita, para verla, con Él en brazos.

Ahora entiendo tu alegría.

Eres la Madre de Dios. ¡Que orgullosa estás Señora!

¡Pon al chiquillo en el suelo, que ande por la Parroquia!

Se irá a jugar con el agua de la Pila, o tirará de las crines, del caballo del Patrón. ¿Tienes miedo, a que se pierda? Ya sabes de sus razones, anda en las cosas de Dios.

Y lo acerca a su pechera. Ella no quiere soltarlo, y parece que intuyera, la crudeza del Calvario.

Y la que sobre la tierra, a los pies de la luna, piso la sierpes, más hermosa resplandece aún, adquiriendo, conciencia del porvenir.

Qué razón tenían. Lo que te queda, Soledad.

Como respeto tu fortaleza, modelo inimitable.

Sufrimiento extremo, sin descomponer tu figura.

Sin que el gesto se altere.

Tus labios..., tus labios sellados, al insulto y al desahogo.

Tus ojos..., tus ojos fijos en el Señor, desde la Cuna a la Cruz.

Indultando a los que erraron, eligiendo a Barrabás.

Tus manos..., tus manos abiertas siempre a la paz.

Ni sollozos, ni quebrantos, todo el dolor hecho encanto, al calor de la fogata. Reconvertido en beldad, y transformado en perfección.

Candelaria de la Plaza. Rosario que apetalado, se desliza, por las cuerdas, de los cantes más romeros.

Candelaria de la Plaza. Abarrotada tu casa. Campanillas de carreta, que se vuelven sonajero.

¡Viva el encuentro de hermanos! ¡La tarde roja y completa!

¡Que Viva siempre la Plaza, y el color de la Candela!

No hay quién detenga las horas. Todo tiene su sentido, y como de golpe no es bueno, y el corazón se resiente, cuando bajas de tu altar, después de la Candelaria, antes de verte en tu paso, se marca en el calendario, tu sagrado Septenario.

Para que se te haga el cuerpo, a tan excelsa belleza,
el colmo de las virtudes, y la antítesis de Eva.

Culmina el séptimo día.

**Y yo... yo beso su mano. Miro sus pómulos de terciopelo,
tiemblan mis labios, limpian las huellas que le he dejado,
beso y mirada, no se articula media palabra,
miro su pelo, divino rostro, luz y sosiego.**

Intentos vanos por no llorar.

Momento eterno, y rezo fugaz:

Cuida a mi gente, toda mi vida para quererte.

Es el regalo del besamanos, un santo instante, un suspiro, una gota, que hace mar. Es tener tu cara cerca.

Es besarte..., Soledad.

Velemos al Señor. Acompañemos su sueño. Todo lo humano subsiste, en este litúrgico Misterio.

Santo Sudario, que imprime tus rasgos.

Cuando se quebró la esfera, y la tarde se hizo ocaso.

Cuando el romano rifó, la túnica con los dados.

Cuando se ahorcó la traición, y Pilatos manchó sus manos, y el buen ladrón escuchó, que viviría en el cielo;

la Plaza cogió el testigo, y preparó el Santo Entierro, y por siempre dio cobijo, al Señor de los Remedios.

Y del beso, a ese pellizco encogido. El Señor subirá a su urna, en los brazos de sus hijos. Horas de recogimiento, tarde de música sacra, se turnan para cogerlo, en silencio, y entre rezos.

Y cuando se alza en la iglesia, culmina el santo momento.

El aire se corta en trozos, se abre un pasillo, aquí en medio. Pasándolo de mano en mano. El tiempo se queda quieto.

Todo el mundo sin decirlo, tiene el mismo pensamiento:
Por Dios, que no pase nada, mira que es serio, ese miedo, el
poder de las miradas, y el lazo de un padrenuestro.

Ya está subido en su urna, el Señor de los Remedios.

A puerta cerrada, se prepara el Viernes Santo, una vez instaurada
la Eucaristía, el Orden Sacerdotal y el Mandamiento Nuevo.

**Conforman jarrones de oro, rojos claveles pinchados. El ángel
toma la cruz, que en el calvario ha quedado.**

**Las rosas cuentan historias, de parques donde vivían, las
maniguetas presumen, de estrenar la cofradía.**

**Las mariquillas nerviosas, sus pétalos han preparado, para que
la luz perniciosa, de la cera de su paso, abra un haz, que deje
ciego, a quien repare en su brillo.**

**Una medalla de historia, con la bandera de España, lleva
prendida el rostrillo.**

Todo en su sitio.

Llegó el día. Y entre la Nada y la Vida, ahí está Ella, dispuesta,
para seguir a su Hijo.

Son horas de Soledad.

Nazareno de la Plaza, solo se te ven los ojos, “empapaitos” de lágrimas. Solo se escucha el latido, del murmullo de tu alma.

La arquitectura cofrade, forma la compañía.

Como ícaros caminan, por el laberinto blanco, que configura este suelo, cuando van buscando tramo.

Se pierde la identidad: Tú eres el que va delante, de otro, que viene atrás.

Y a las ocho de la tarde, bajo los pies de costaleros creyentes, se abre un camino de cirios, dejando al lado a su gente, y le dice el Señor a la Virgen, que espera aún, en la Iglesia:

Sígueme Madre Mía,

¿No ves que yo no voy muerto,

Que mis carnes no están frías?

¿No ves que se transparentan,

el brillo de mis pupilas?

Sígueme Madre Mía,

¿No ves que tengo el color

de tu carne, que es la mía?.

Qué tu eres Virgen Madre,

Y tu vientre me dio vida.

Sígueme Madre Mía,

Y cura con tu pañuelo,
estas profundas heridas,
llagas y boquetes de clavos,
y las que hicieron las espinas,
de una corona de mofa,
de sangre y de saliva.

Sígueme Madre Mía,

que aunque soy Dios, y no tiemblo,
no quiero cruzar, tan sólo,
el puente de este Misterio.

Confiado al ver que su sombra, la irá cubriendo su Madre, suelta
su mano, y avanza.

¡Ay, si el Señor contara, lo que le pide la Plaza!

La Virgen, cubre su silueta, su hijo la está esperando. Que no le
falte el calor, de su vientre, un Viernes Santo.

La candelería entera, busca al Señor como un faro, y en el aire las
saetas, quiebran hasta los naranjos.

Y Ella que nunca dudó, ni detuvo el tiempo a su agrado,
a pesar del sacrificio, no se le nota el enfado.

dispone su pena inmensa, para iniciar el cortejo.

Con la dignidad de Reina, y con la espada clavada,
cumpliéndose la profecía, que Simeón le anunciara,
Mi Virgen de la Soledad, sale a la calle, pisa la Plaza, el aire la
respira, y exhala notas de su aroma.

¿Será azahar, será canela, será jazmín, o será azucena?

Es el olor de la gloria, lo que sale por la Puerta.

Es imposible describir un sonido, tal vez lo intente.

Bambalinas que pendulan, armoniosas se desprenden, de los
varales plateados, y vuelven a guarecerse, en el perfil de tu paso,
para no dejar de verte.

¡Que rostrillo hecho caricia!, ¡que dulzura es el tocado!, escudo
de la Hermandad, bordado en Elena Caro.

Como rejas de clausura, lucen los respiraderos, y en el convento
del paso, se albergan tus costaleros. Por el metal repujado, solo
se escucha el aliento; la fuerza en la “levantá”, y el reposar sobre
el cuello.

Por techo, de solideo, tu palio de terciopelo.

El manto que tanto admiran, tu espalda va acariciando, da cobijo
a la paloma, sagrado Espíritu Santo.

¡Que cárcel de cardos locos, es su esmerado bordado!, de
remate, blondas de oro.

Las velas que te acompañan, lloran al cambiar de estado. Y las
flores, tienen celos.

Y las joyas van mirando, el pecherín que imponente, sobre tu
pecho ha trazado, con alfileres de amores, un vestidor soleano.

Puedo describir el palio, puedo dibujar tu manto, se puede incluso atrapar, el bello olor de tu paso.

Puedo avistar el sonido, de tus bambalinas, andando, y el seco martillo imitar, con un golpe de nudillos.

Pero no encontraré los vocablos, para relatar tu hermosura, la belleza de la Virgen de la Soledad, no la expresa, ningún talento pregonero, no está al alcance del hombre, ni en los libros, ni en los cuentos. No existe molde, ni pincel, de pintores, ni alfareros.

No rastrees en pergaminos, ni en libros amarillentos. El archivo diocesano, puedes poner bocabajo, y no encontrarás el prospecto.

La Virgen de la Soledad, la hizo Dios en el Cielo.

-Madre, yo quiero calmar tu llanto, ¿Y qué te digo?,
¿Un lo siento, un “te acompaño en el sentimiento?”.

No, no es pésame humano.

-Madre, quiero pagar la deuda, que otros fraguaron,
y que te hacemos más grande, si seguimos al pecado.

-Madre, por cada “chicotá” que des, quiero hincarme de rodillas.
Tampoco valen los gestos, fariseos de estos tiempos.

-Madre, dame receta ejemplar, que dibuje tu sonrisa.

-“Ponle tú, cuarto y mitad, de corazones fraternos,
y añádele un buen puñado, de amor para los enfermos,
Esperanza, para un túnel, que siempre parece negro,
Fe, como levadura, que aumente con cada credo,
Y Caridad, la que admita, y todo va, a fuego lento.
Y luego me compras flores, y anieblas todo de incienso.
Pero tú, sigue a mi Hijo, que va por la calle En medio”.

La banda, marca su paso. Las notas del pentagrama, de negro se han enlutado.

Música clásica y bella, de calidad exquisita.

Es una opinión cerrada, lo reconoce Sevilla.

Tocaban a la Piedad, del Baratillo torero.

Y en Huelva, suenan sus notas, de Castilleja al Conquero.

Pero la tarde que funde, banda y arte, Dios y cielo, es cuando siguen a su paso, del Señor de los Remedios.

Cada gota de tu sangre me pellizca el alma fría,

El pelicano se muere, por dar la vida, a sus crías.

Serio cortejo, penetra el cielo, los capirotos de terciopelo.

La cruz de Santiago, justo en el pecho.

Hermanos, anhelamos, en pose cómoda, los mimos y ojanas, de una civilización, que pretende pasar, del nido al lecho, sin rasgarse las vestiduras.

A tu reflejo Señor, en un examen parcial, y continuo, detrás de Ti, como Adanes desnudos, nos avergonzamos, por falta de aguante, y de mano izquierda, y de temple, y de paciencia.

Señor, yo te pido, y tú me enseñas. Tú, que no pusiste, pie en pared, pudiendo reventar el orbe.

**Y a voluntad, bajo antorchas de chivato, lacerado y condenado,
con trato de criminal, en el Gólgota de nuestra indiferencia,
entregaste tu suspiro.**

Recuerdo pasajes de tu vida, y me admiran tus respuestas:

“A Dios lo que es de Dios”. “El que esté libre de culpa, que tire la primera piedra”. “Perdona que no conocen, el daño de sus ofensas”. Sentencias dignas, de tu divinidad.

Pero rindo pleitesía, a tu debilidad como humano, cuando pediste que Dios te apartara, el cáliz de tu calvario.

Y sudaste sangre, pero no impusiste tu voluntad, y aguantaste, hasta el final de lo escrito. Llegando a morir, a manos de una traición, y de injustas leyes.

Por eso paseas tu Cuerpo, por Castilleja.

Con los clavos arrancados, y tus venas, sin sangre y secas.

Con la llaga en el costado, y los labios, llenos de grietas.

Las rodillas desolladas, y el cardenal en la cadera.

Es cuando yo más te quiero, cuando te siento más cerca.

Que vulnerable es el Señor, como siente todo el daño.

Escultura, para el arte. Catequesis, para el cristiano.

Por eso enseñas Tu Cuerpo, la tarde del Viernes Santo.

Palilleando el tambor, sonando a toque de queda, la corneta siempre altiva, dispone la recogida.

Padre de los Remedios, remedia pesares viejos.

Recógenos con tu velo, y duerme, tu injusto sueño.

Padre de los Remedios, deseo volver a verte, racheando Castilleja. Aromatizando el pueblo, dejando esa bella estela.

Padre de los Remedios, pisando está el escalón. Al llanto de costaleros, tu canastilla va entrando, tu corto paseo me deja, dulzor de miel, en los labios.

**Resumo mi glosa en un verso, una estrofa, una plegaria:
No apartes Señor, tus remedios, de mi gente de la Plaza.**

Virgen de la Soledad, cuando subes por Convento, le echas el pulso a Sevilla: está llegando a Castilla, el Nazareno y la O, y por mor del cruel destino, el Cachorro agonizante, se dirige al Patrocinio. Pero tu Plaza está llena.

¿Quién deja sola a la Virgen, la noche de pena hueca?

¿Quién no ha visto ese gentío, cuando atraviesa su Arco?

¿Qué placeño no la envuelve, con los vivos, y con sus brazos?

Y Ella está en la encrucijada:

De abandonar a la luna, sobre el aro de la Plaza, escenario de los gozos, y dejar con el alma en vilo, al redondel que la aclama, para acunar a su Hijo....

O quedarse de por vida, en esa unión manifiesta, que mezcla sangre Divina, con sangre de Castilleja.

Y como puede elegir, elige las dos maneras.

Volviendo loca a la Plaza. Y después, regresa a su Casa, que con Ella, está completa.

El cielo se ha recogido. La luna, se prende de su pañuelo. Ya se cerró el Viernes Santo. Castilleja está de duelo.

Lúgubre es el sexto día, y “esmorecio” está el llanto, seco y frío como el mármol. ¡Qué largo el sábado santo!

Se rompe la noche bruna, y sobre la piedra vacía, se encuentra un ángel diciendo:

No lo busquéis entre los muertos, que Cristo vive,
lo dice cada cohete, que al aire explota,
lo pregonan las campanas, que ya no es tiempo de sombras.
Madalena que lloraba, recibió la buena nueva.

-Fue la mujer que vio al ángel, sentado sobre la piedra-.

No lo busquéis entre los muertos, porque es la Vida.
Es el aire, y es la sal, y es el agua, y el alimento.

No lo busquéis entre los muertos,
lo dice el Palacio Salinas, que sonrío la Duquesa,
que está siempre bendecida, por la custodia placeña,
por la custodia divina.

No lo busquéis entre los muertos, su reino no es de este mundo,
Breve, torpe, gris e incierto.

Solo se presta a quedarse, en la risa de un abuelo, en la fuerza de
un amigo, y en el temor del enfermo. En el pobre, y en los niños.

No lo busquéis entre los muertos, y preguntadle a su Madre,
Ella sabe dónde vive, Ella sabe lo que hace.

Que con perfecta armonía, y en Simpecao reflejada,
sale dando las diez, por el dintel de la Plaza.

**¿Quién vive? Le grita el Cielo. Vive Dios, Vive mi hijo, el Señor
de los Remedios.**

La primera que pregona, la Resurrección de Cristo, es la Divina Señora.

Madre de la Soledad, compensado está tu espanto, que recoja el Viernes Santo, tu dolor y tu amargura.

Lo que guardaste callada, se convierte en algarada, y la Palabra triunfa.

¡Cristo ha resucitado!

Y ya nada se contiene, y en la estridente mañana, sobre carreta de bueyes, llena de flores y plata, el Simpecao da la vuelta.

Guitarra, cante, y flamencas. Quien no comprenda el desorden, mejor será, que no venga.

Ya está todo transformado. El gris se torna en colores,

el rojo toma su espacio:

colorao los papelillos, encarnados van los carros,

granate son los pañuelos, que los vivan van echando,

tupida alfombra escarlata, el suelo color cinabrio,

las ruedas de la carreta, de grana se han enfundado,

que en la Hermandad de la Plaza, Cristo ha resucitado.

La Virgen, se ríe y goza, sevillanas y fandangos, canta el coro rociero, diciendo viva la Plaza, que viva el Patrón Santiago.

Soledad, bendita seas, por darme vida, otro año.

Instalada en la alegría de la Resurrección, la Virgen quiere pasear con su Hijo.

Sí, con su Hijo, lo lleva en su corazón.

Y de Gloria, presumida, de rojo hasta el pensamiento, la Virgen de la Soledad, se pasea por Convento, sube hasta la collación, al límite del cementerio.

Si pudieras hablar Señora, nos dirías que sabías, lo que encerraba la hora:

Virgen de la Soledad, por algo no tienes lágrimas, la sonrisa se advertía, en el rictus de tu cara, siempre mirando al Señor, siempre en la espera confiada. Soledad de la bondad.

Se cierra el ciclo completo: Nace y muere en la Plaza, y resucita en tu pecho.

La Virgen de la Soledad, lleva sangre trianera, porque su madre es Santana, por eso tiene esa cara, de la brisa marinera.

¿Comprendes porque se alegra, cuando el tamboril la llama, a las puertas de la Iglesia?

Lejos de controversia, el rocío y la soledad, son matrimonio perfecto.

Rocío,

gotas sobre pétalos de seda,
llanto que perfuma la mañana,
frío del amanecer que raya,
en el día que rompe la negrura.

Soledad,

lágrimas de piel y de almohada,
tiempo de tiniebla, que congela,
luna que recoge mi locura.

Agua que purifica es el Rocío, Manantial de la belleza, es la Virgen de la Soledad. ¡Que cortas te quedan las letanías, vamos a echarles el largo, y vamos a entonar los vivos, respunteándole aplausos. Tenemos el mejor Patrón, Jacobo caballo blanco.

Soledad amable y tierna, doctora en curar temores, que te acurruca en sus brazos.

Soledad admirable, que nadie ose ofenderla, si es que entenderlo, no sabe.

Prudente, perfecta en su mansedumbre, callada e inteligente.

Poderosa, que llega hasta el mismo Dios, por la escalera más corta.

Clemente, que espera y espera paciente, y de esperar no se cansa.

Causa de nuestra alegría, de la alegría cristiana, que nos sonrío en el alma.

Honor de todos los pueblos, que incluye a mi Castilleja, el universo que quiero.

Rosa Escogida, con su merecido Ascenso.

Fuerte y Hermosa, que no quiebra su belleza, por la daga de la ofensa, al traspaso de su pecho.

Reina de los que viven su fe. Reina que viste de gala, su fajín de generala, y su cetro resucita, sobre su mano bendita.

Reina de la familia, la que bendice la casa, ruega por tu grupo joven, que son tu mejor cruzada.

Reina del cielo, y la Plaza.

Que lucirá blasonada, por ser la Madre del Verbo,
una corona de amor, de entrega, y de sentimientos.
Hecha de los “Dios te salves”, que rezas en tus vigalias.
De bendita es tu pureza, y de los veinte misterios.
De preces, de te lo imploro, de no me dejes, de ruegos.
De obras de misericordia, que despliegan los placeños.

La Virgen seca las lágrimas, de los cansados abuelos,
De papel y de cartón, van tejiéndole el pañuelo,
y lo convierten en seda, con hilos de cariño y tiempo.
Es tan frágil, estar sólo, y es tan triste, estar enfermo.
Una visita oportuna, distrae un mal pensamiento.
Unas risas, cuatro historias, **escuchar**, que es un buen verbo.
¡Ole la gente que es buena, porque buenos los hicieron,
Bendita la Obra Social, que sirve de fundamento!

La Plaza elevará sus manos, sobre tu frente de ensueño.

Quiere coronar a la Madre, del Cristo de los Remedios.

Quiere que se acabe el oro, quiere agotar el incienso,

quiere que los tiempos corran, para que no falte nadie, y para que estemos completos.

Y reservarles un sitio, en la platea del cielo, a los que habitan tu Reino.

“A ver, dejen ponerse delante, a la gente de la Plaza, que no se pierdan detalle, que está todo el pueblo en la calle.”

Y los angelitos juguetones, con caritas de traviesos, suban a la santa Torre, y repiquen el evento.

Y los cuatro evangelistas, narren el Santo Suceso.

Y los diez zafiros blancos, si es posible que embellezcan,
la luz que brille ese sábado”.

Que se enteren en Sevilla, en Roma y el Universo,

Que si Corona tenía, y no le faltaba Reino,

Que si Grandiosa lucía, el regalo de su Feudo,

Ahora, envuelta en fino oro, llevará, Corona de besos.

He dicho.